

Ni hagais de la grama
Burla ó del lentisco
Cipreses y cedros
De Arabia y Egipto.
Vendrán huracanes,
Turbiones, pedriscos,
Voraces incendios
Que os cerquen en giro;
Y á frias pavesas
Seréis reducidos.
Corred, etc.

Huid, babilonios,
Relumbra ya el filo
De péscicas haces
En vuestro recinto.
Dejad las campiñas,
Sidonios y tirios;
Que ya no son vuestros
Viñedos ni olivos.
Abate tu orgullo,
Macedon invicto,
Pues va á ser en trozos
Tu imperio partido.
Desciende del trono,
Miseró Rodrigo,
Que ciñen ya el Bétis
Los bárbaros libios.
Corred, etc.

IV.

BLACK ROCK (1).

Quando á *King's Town* (2) fueres,
Entra en mi barraca,
De las de Black Rock
La más bien labrada.
No hallarás portero,
Ni rejas ni tapias,
Ni perros de presa,
Que al morder no ladrar
Serás alojado
En rústica estancia,
Do hay mesas de pino
Y sillas de paja.
Hallarás, en cambio
De cama emplumada,
Forrados de estopa
Jergones de lana.
No son mis cortinas
De seda bordadas,
Sino de bayeta
Con cairel de sarga.
No andarás pisando
Alfombras de Holanda,
Sino tablas toscas
Medio acepilladas.
Mi lujo es la huerta,
Mi huerta es alhaja;
Riéganla las nubes
Con agua filtrada.
Miento si te ofrezco
Racimos, naranjas,
Dátiles, melones,
Higos ó granadas.
Mas á falta de esto
Tendrás verdolagas,
Nabos y pepinos,
Apios y espinacas.
Daréte estofados
Solomos de cabra,
Patatas de carnero
Y orejas de vaca;
Y en vez de la sopa

(1) Aldea distante tres millas al Este de Dublin, en el camino de *King's Town*.

(2) Pueblo moderno junto al mar, con puerto, distante seis millas de Dublin, en las inmediaciones de *Dunleary*.

Que estilan en Francia,
Macarrones gordos
Más que los de Italia;
Quesos con gusanos,
De Chéster y Parma,
Y manteca fresca,
Cual la nieve blanca.
Para cada día
Te tendré guardadas
Melodías nuevas
Con adufe y flauta.
Bailarán las viejas
De nuestra comarca,
No las seguidillas
Que vi yo en la Mancha
Con las castañuelas
Repiqueteadas;
Mas con anteojos
Sérijas zarabandas,
Y con toscos zuecos
Pastoriles danzas.
El mar surcarémos
Que mis campos baña,
En un barquichuelo,
Si estuviese en calma;
Mas si soplan cierzos,
A puerta cerrada
Al whisky y al ponche
Les daremos caza.
En días screnos,
Al romper el alba
Irémos en busca
De leche no aguada;
Cuando así pasares
Un par de semanas,
Pica de soleta,
Si mi plan te enfada.

V.

LA CARAVELA (3).

Mi caravela
Puesta en franquía,
Falta de guía,
De remo y vela,
Con galanía
Rápida vuela.
Va sin barqueros
Ni bogadores,
Sin remadores
Ni canoeros,
O ensabladores,
Buzos, gavieros;
Sin almirantes,
Pajes, grumetes,
Que en los trinquetes
Tañan discantes;
Y sin machetes
Los mareantes
Rapagocetes.
No há calafates
Ni galeotes
Que por azotes
Sufran combates,
Y de Boótes
Digan dislates;
Ménos pilotos
Con doctas trullas,
Que sin barbullas
Sigan los notos,
O halacabullas
Que lancen votos.
No tiene quilla,
Cable, chicote,
Ni calabrote,
Gavia, escotilla,
Ni camarote,

(3) Es una muestra del lenguaje de la marina española. (Nota del Autor.)

Banco ni silla.
No há amuradas,
Bitas, motones,
Boyas, timones,
Ni aun arrumbadas
Que en las monzones
Lleven rociadas;
Bordas, brandales,
Drizas, mojeles,
Cabos, cordeles,
Dalas, canales
De otros bateles,
Ni aun embornales.
Va sin gavietas,
Sin castilletes
Ni cubichetes,
Sin gumenetas,
Ni guimbaletes,
Cocles, dunetas.
No lleva escotas,
Burdas, guardines
De bergantines
O galeotas,
Lastres ruines,
Pipas ni botas.

No há catavientos,
Branques, amarras,
Chopas bizarras
Con sus asientos,
Griales, jarras,
Ni bastimentos,
Sus derroteros
Entre pantanos,
Lajas, medianos
Y atoladeros,
Cayos lozanos,
Golfos parleros;
Recelo atascos,
Vienen turbiones
Y cerrazones,
Vientos, chubascos,
Y aun encontrones
Sobre peñascos.

Ya da guñada,
Ya gualdrapazo,
Ora zarpazo,
O bien arfada,
O de rechazo
Viene grupada.
Entre bajíos
Y farallones
Saltan tablones,
Alijo líos,
Dando enviones
Pierdo los bríos.
Si me dan caza,
Navego á jorro;
Sudo y no corro;
Si á la esquiraza
Pido socorro,
Llevo amenaza.
Pero ¿qué temo
Duelo, apretura,
Ni encalladura?
En riesgo extremo
Dios es mi amura,
Cristo mi reme.

VI.

LO QUE BASTA.

Como tú no me faltes,
Pan de mi alforja,
Como tú no me faltes,
Todo me sobra.
Pase el avariento
Su vida en congoja,
Oro atesorando
Que la paz le roba.
El invidio triste
Su pecho carcoma,

La altura plañendo
Del que le hace sombra.
Ruede el ambicioso
Su dura atahona,
Los sesos moliendo
Do fragua su honra.
Invente el privado
Groseras lisonjas,
Para sacar raja
Del poder que adora.
Ostente el hidalgo
Con hinchada boca
Su panza de burra
Del cerco de Troya.
Los nobles bisoños
Desparramen onzas
Por ver en sus armas
Ducales coronas.
Sulque el comerciante
Del golfo las ondas,
Por traer cargadas
De perlas sus flotas.
Del gloton sostenga
La pródiga bolsa
Los platos y vinos
De la vida bona;
Mientras de mi prado
Tendido en la sombra,
Cante repicando
Mi tosca zampona:
*Como tú no me faltes,
Pan de mi alforja,
Como tú no me faltes,
Todo me sobra.*

VII.

MI VIAJE Á GRANADA.

Ver quisiera, Abdon,
La bella Granada,
El cerro de Elvira,
La Sierra-Nevada.
Llamábala Amete
La ibérica Arcadia,
Y contaba de ella
Lindezas extrañas.
Llévame á la grupa,
O iréme yo á pata,
Aunque Gil se ria
De mis zancas largas.
Al paso verémos
De Archena y de Alhama
Los fértiles campos,
Las cálidas aguas.
Buscarémos oro
Del Darro en la playa,
Y en la de Genil
Chinitas de plata.
Del Veiro en la orilla
Por las frescas bargas
Apios cogereémos,
Lechugas y malvas.
En el Monachil
Pescareémos carpas,
Que no son mejores
Las de Guadiana.
Del monte á la cima
Irémos á gatas,
Do es hace seis siglos
La mora encantada;
Que diz que en la cueva
Do tañe y do canta,
Hay sartas de perlas
Y ricas alhajas.
Con placer verémos
Desde la Alpujarra,
Por do los fenicios
Vinieron á España;
Y desde la torre
Do es la campana,
De ovejas y bueyes

Rústicas majadas;
Del fuerte de Biba
El foso y la escarpa,
Y del Aceituno
La torre encumbrada;
Donde de Abenáriz
La tumba descansa,
De los Alporchones
Muerto en la batalla.
En sus armerías
Hallarémos lanzas,
Alfanjes, pedreros,
Saetas y aljabas.
Cuando visitemos
La reina sultana,
Haránnos zalemas
Sus pajes y damas,
Sus negros gigantes,
Sus blancas enanas.
A sus lindos parques
Tendrémos entrada,
Y de los leones
A la angusta sala,
O bien de azulejos
O jaspes solada.
De Torres Bermejas
Yendo á la Alcazaba,
Verémos sus puertas
De bronce labradas;
En Generalife
Retratos, estatuas
Y bustos de reyes,
Califas y Omarras;
Fuentes de alabastro,
Rápidas cascadas,
Por entre mimbreras,
Mirtos y espadañas.
En el Albaicín
Labrarémos casa,
De troncos de alerce
Con techo de paja.
Que tal la tuvieron
En su edad dorada,
Zegrics, Maliques,
Gomelos y Mazas.
De allí atisbarémos
Cómo juegan cañas
Los Abencerrajes
Para honrar á Zaida.
Quedito saldremos
Al romper el alba,
A oír á los jeques
Cantar sus lilailas.
Y en anocheiendo,
Si la luna es clara,
A ver en la Vega
Sus líbicas zambras.
¿Tuerces el hocico?
¿Pones mala cara?
Voló mi viaje;
Llévóle la trampa.

ROMANCES.

Apólogos morales de San Cirilo,
el Filósofo (1).

I.

LA PALOMA.

A beber llegó á la fuente
Una cándida paloma,

(1) Floreció en el siglo IX. Sus *Apólogos* se publicaron en el siglo XV. De ellos hizo otra edición Baltasar Cordero, en Viena, el año 1630.

(Son solo apólogos de San Cirilo estos tres primeros romances.)

Cuyas argentadas alas
El sol en su vuelo dora;
Vense en sus ojos vislumbres
Como de piedras preciosas,
Brillale el cuello, y las plumas
Perlas parecen y aljófar.
No advirtiéndole que su orilla
Fétido estiércol enloda
(Que su negror verde grama
Ocultára como alfombra),
Pone en el cieno los piés,
Y sin valerse se ahonda;
No veis ya en ella lindeza,
Pues fué mancillada toda.
El cieno entónces con risa,
Burlando de su deshonra,
Gozoso del mal que hiciera,
Como vencedor blasona.
¿Cómo se oscureció el oro,
Dice, y se mudó á deshora
Aquel lucido color,
Tornándose en fea escoria?
— Nace mi daño, responde,
De que mis piés aprisionas;
Y ¿quién eres tú? me di.
— Cienso soy.— Porque me tocas,
Prosigue, quedé manchada;
Tú, inmundo lo limpio tornas;
El agua, al contrario, lava
Y el resplandor arrebola.
El lustre, cuando es nativo,
Fácilmente se recobra;
Mas do es natural la horrura,
Allí para siempre mora;
La mia la sobrehaz,
La tuya el sér inficiona;
Por do tú mismo te acusas,
Pues lo que es limpio desdoras;
Inmundo te quedas tú,
Y lo puro con más gloria.
El can rabioso, aunque muerde,
No echa de sí la hidrofobia;
En sí se guarda el veneno
Aspid que al sabio emponzoña.
¿Por qué lastima la espina?
Porque de suyo agarrocha;
El pez que ennegrece el mar,
Lleva la tinta en la boca.
Así el daño que hace el malo,
Primero su pecho encona.
Yo, en bañándome, más lípida,
Sin tí, tornaré y hermosa.
Tú, no mudando de sér,
En tu fetor empeoras.
Cobrar podrá la inocencia
Lo que la infamia le roba;
Mas de ella el infamador
Nunca jamas se despoja.
Esto la paloma dijo,
Y gallarda y victoriosa
Fué al baño, sin aguardar
A que el cieno le responda.

II.

LA HORMIGA.

Rastrojos y peguajares
En el rigor del estío
Iba una hormiga cruzando
A la rebusca del trigo;
Cuando con límpidas alas
Mirándose de improviso,
Echó á volar por los aires
Con orgullo y regocijo;
Y hallando una filomena
Que cantaba en un aliso,
¿Quién eres? le dijo.— Soy
Un ligero pajarillo,
Que por alegrar los campos
Con mi canto, dejo el nido.
Halló luégo á una abejita

Chupando un verde tomillo:
 ¿Quién eres, dime, te ruego,
 Y á dó guías tu camino?
 —Volando de flor en flor,
 Responde, con artificio,
 Para labrar los panales,
 Sácoles jugo y rocío.
 Al oír esto la hormiga,
 Sus blancas alas bendijo,
 Y con la natura hablando,
 Así soltó su zumbido:
 Gracias doy á tu largueza,
 Que me sacó de mi silo,
 Librándome del afán
 En que hasta ahora he vivido.
 Yo no romperé calzadas
 Por entre peñas y riscos,
 Ni por ellas paja ó grano
 Arrastraré á mi escondrijo.
 Que en la region de la luz,
 Y entre arrayanes y mirtos,
 Con jilgueros moraré,
 Con ruiseñores y mirlos.
 Mas ¿hay, preguntó á la abeja,
 Algun riesgo en estos sitios?
 —Muchos y por todas partes,
 Respondió; rígidos frics,
 Bochornos y tempestades,
 Y huracanes imprevistos;
 Sin contar del gavilan
 Las uñas y el corvo pico,
 Ni de la emboscada araña
 La red de mallados hilos.
 —¿Guarte! dijo la hormiguilla;
 Y al decir esto, dió un brinco;
 Mas confiada en sus alas,
 Sin soltarlas fué á otro aprisco.
 En tanto corrió ligero
 El can que abraza el estío,
 Y en pos del templado Octubre
 Llegó el Diciembre marchito;
 Sobrevienen aguaceros,
 Cierzos, hielos excesivos;
 Falta el manjar, llega el hambre;
 La hormiga, dando un suspiro,
 Volveré á mi covezueta,
 Dijo en tono dolorido.
 Mas ¡ay! hallóla cerrada,
 Y aunque llamaba contino,
 ¿De dónde vienes? ¿Qué traes?
 Le dicen desde el asilo,
 Vengo del aire, responde,
 Y alas me traigo conmigo.
 —¿Alas? Aquí no las hay,
 Ni cabe sino el que mijo
 Trae, ó cebada, ó centeno;
 Y el que no, no es admitido.
 Desesperada la hormiga,
 Bufando, perdido el tino,
 Abominando del aire,
 Loando su rinconcillo,
 Ahora entiendo, exclamó,
 Ser falaz la aura del siglo,
 Que quien la busca, no es sabio,
 Pues ama su precipicio;
 Que es inquieta y mal segura,
 De lazos llena y garlitos,
 De paz falta y de sosiego,
 Por do es el libre cautivo.
 ¡Oh cuán dichosa es la cueva
 Do busca el humilde abrigo,
 Siempre estable y sin mudanza,
 Y sin miedo de enemigos;
 Do es sabrosa la hermandad,
 Segura de ajenos tiros,
 Region de bienes vitales,
 Léjos de estruendo y de ruido!
 Así á la hormiga hizo cuerda
 El llanto y dolor prolijo,
 Mas no la sacó del riesgo
 Su desengaño tardío.

III.

EL GALLO.

Viendo un gallo que entendia
 Los movimientos del cielo,
 Y que era reloj su canto
 Del pastor y el marinero,
 Subió, hinchado de su ciencia,
 A la rama de un cerezo,
 Y encaramando la voz,
 Cantó con erguido cuello.
 Oyele desde su cueva
 La zorra, y cruzando cerros,
 Va hácia él, y al pié del árbol
 Sentándose, con buen gesto,
 Gran gala tienes, le dijo;
 Cierto eres músico diestro;
 ¿Qué te mueve á henchir el aire
 De tan sabrosos gorjeos?
 Muéveme, respondió el gallo,
 El conocer que preveo
 El alba, y áun siendo noche
 Me avisa que viene Febo.
 Y ufano con mi alta ciencia,
 Rebosando de contento,
 Sin poderme contener
 Abro el pico y garganteo.
 Muy sabio debes de ser,
 Dijo la zorra riendo;
 A las celestes lumbreras
 Ignúlate tu talento.
 Tan desahogado elogio
 Puso al gallo más soberbio;
 Cantó otra vez, y al cantar
 Saltó la zorra de presto.
 ¿Por qué saltas? dijo el gallo.
 De gozo salto, pues huelgo
 De que con tanta razon
 Rebose en placer tu pecho.
 Permíteme, de mi gozo
 Para muestra, darte un beso;
 Así verás que te estimo,
 Y te acato y te venero.
 Con las melosas palabras
 Y el tonillo lisonjero
 De la zorra, encandilado
 El gallo, alargó el pescuezo.
 Ella entónces, acuciosa,
 Metiéndole en su garguero,
 ¡Oh gallo, gallo! le dijo,
 ¿Dó está tu saber y acierto?
 Por tu soberbia perdiste
 La ciencia y la vida á un tiempo.
 ¿Cómo te glorias, zorra,
 En la iniquidad que has hecho?
 Y aquella tia Melchora,
 Clamaba el gallo. Arte es,
 Dijo ella, y no denuesto,
 Humillar al docto vano
 Que de sí no tuvo acuerdo.
 Sábeta que hincha la ciencia,
 Cuya hinchazon es divieso,
 Que en llegando á reventar,
 Llega tarde el escarmiento.
 Grato es al oído loco
 Del loor el embéleso,
 Mas rompe y vuela montañas
 Si llega á pasar del cuero.
 Fuera de camino anda
 El sabio que no es modesto,
 Que con ser astuto el lobo,
 Fíngese á las veces lelo.
 El astro que más se abaja,
 Más alumbrá el hemisferio,
 Y apénas brilla el que más
 Se remonta en su apogeo.
 De los ojos es más claro
 Y más agudo el pequeño;
 Y de muy vil gusanillo
 Veis en la cola un lucero.
 ¿Qué sabes, gallo, si ignoras
 De quién eres hijo y nieto?

Y si sabías ser gallo,
 ¿De dó tan gran devaneo?
 ¿Puede ser más fatua mezcla,
 Que orgullo en lo que hay tropiezo,
 Y ciencia con vanidad,
 Que pone al docto en aprieto?
 Al llegar aquí la zorra,
 Dejando á los dientes fieros
 Hacer su oficio en el gallo,
 Le abrió en un punto su entierro.

IV.

EL PASTORCILLO.

Laudator temporis acti
 Se puero.
 (HORAT., Ep. ad. Pisones.)

¿Qué tiempo aquel, Bermejillo,
 Cuando por medio real
 Nos daban un par de albarcas
 Y un cordón para el gaban!
 Cuando en mostrando dos cuartos
 En la alhóndiga del pan,
 Nos llenaban el zurron
 De roscas de candeal;
 Cuando en tañendo una giga
 A gusto del capataz,
 Decía: Comed á pote
 Bellotas del carrascal.
 ¿Qué de tortillas nos daban
 Los cartujos del Paular,
 Y truchas asalmonadas,
 Fritas con limon y sal!
 ¿Te acuerdas cuando en Octubre
 Los tordos en el pinar
 Nos llovian á docenas
 Por delante y por detras;
 Y de cuando por Enero
 Blas Horcajo y Gil Damian
 Nos daban de su cochino
 (Con perdon) media canal?
 ¿Del solomo que comimos
 Con tortas de mazapan
 En el chozo de Perote
 Los días de Carnaval?
 Y que nos dijo su abuela:
 ¿Zagales, queréis bailar?
 Bebed ántes media azumbre
 De este vinillo hipocras.
 ¿Cuántas zampoñas rompimos
 Rondando por el lugar,
 Cantando la gloria excelsa
 La noche de Navidad?
 Y aquella tia Melchora,
 Al rescoldo de su hogar,
 ¿Qué de cosas nos contaba
 De Oliveros y Roldan!
 ¡Oh, qué tiempos! ya volaron
 Para no volver jamas;
 Como el Tajo, que no es Tajo
 Desde que se mete en la mar.

V.

EL CABRERO DE GURLOUGH (1).

Siendo yo humilde cabrero
 De Gurlough en las montañas,
 Soñé que era rabadan
 En los cerros de la Arcadia.
 Mi zurron era de armiños,
 De brocado las albarcas,
 El casquete de tisú,
 Los peales de escarlata,
 Y de oro bruñido el cinto,

(1) Lago del condado de Limerick, en Irlanda, famoso por los antiguos monumentos que se conservan en sus cercanías.

ROMANCES.

Cuando el fino paladar
 De los medos y epirotas
 Era de hierro colado,
 De esparto ó de piedra tosca;
 Cuando con ajos y berros
 Se desayunaba Roma,
 Y á excuso, que era impiedad
 Comer sus dioses por sopa;
 Cuando ni pavos cebados
 Vieran las mesas, ni pollas,
 Ni cochinitos de leche,
 Ni codornices, ni chochas;
 Ni de ponche é hipocras
 Rastro habia ni memoria,
 Y menos de chocolate,
 Ron, te, ni café de Moka;
 Ni hostigáran los gallegos
 Las sardinas y las ostras,
 Andando libre el besugo
 Por la cantábrica costa;
 Cuando del indico mar
 A su salvo por las ondas,
 Cual góndolas, las ballenas
 Cruzaban y las marsopas,
 Porque nadie esparaveles
 Sabia labrar, ni sogas,
 Algrifes, ni garlitos.
 Ni aun red de pescar pijotas;
 Ni parian bacalao
 Los bancos de Terranova,
 Ni las conchas desbullaban
 Los indios de California;
 Cuando del Tigris y el Ebro
 Por las riberas frondosas
 Asomaban las matrillas,
 Y se las dejaban solas;
 Y los sollos y espetones,
 Arenques, breças y alosas
 No vieran gánguiles nunca
 En el golfo de Mallorca;
 Cuando salian del Bétis
 Los albués y las bogas
 A escuchar por sus riberas
 La sevillana parola;
 Cuando no habia tabacos
 Danzan ciervos con carneros,
 Cotrales bueyes con gamas,
 ¿Quién sabe sobre esta dicha
 Las cuentas que yo me echaba?
 Si me dieran á escoger,
 Por dñques no me trocará,
 Y por pérdida tuviera
 El ser señor de la Irlanda.
 Mas ¡ay de mí! ladra el perro;
 Despéganse las pestañas,
 Y al sentarme sobre el heno,
 Me hallé sólo con mis cabras.

VI.

LA EDAD DORADA.

En aquella edad dorada
 Que don Quijote dichosa,
 Y otros más lerdos que Sancho
 Llamaron edad heróica;
 Cuando por los carrascales
 Siempre andaban de camorra
 Los héroes y las pjaras
 Por partirse las bellotas;
 Cuando brotaban las huertas
 Deidades como alcachofas,
 Y no en platos, sino en aras
 Eran puerros y cebollas;
 Cuando estaban por nacer
 Los reposteros de Troya,
 Y sus ar es de cocina
 Aun no diera á luz Borgoña;
 Cuando ni los marmitones
 Ni su adalid Barbarroja
 De mil leguas saludáran
 Las playas de Macedonia;

III, Ps. XVIII.

¿Albóndigas? ésa es grilla.
 ¿Queso helado? Dale bola.
 Ya tomáran un pistrague,
 O jigote, ó cachafolla,
 O un tasajo chamuscado
 Con los tizos de una choza;
 Que cuando la alboronia
 Comenzó á usarse en Europa,
 Repicaron las campanas
 Los reinos de la redonda;
 Que fué cuando se inventaron
 Los bodrios en Babilonia,
 En China la majarrana
 Y en Persia la mazamorra.
 Ya entónces la edad de plata
 Andaba por la maroma,
 Siguiósele la del hierro,
 Que ha dejado tanta escoria;
 Por señas que en aquel tiempo
 Se conquistó Trapisonda,
 Que despues se tragó el mundo,
 Y le inundo de colonias.
 Ahora llaman desastrada
 Aquella edad venturosa;
 Mas ¿quién? cuatro ñiquiñiques,
 Que sólo gustan de bromas.
 Decid, fatuos, ¿quién entónces,
 Como hoy dengues y peonzas,
 Se entraba de mogollon,
 O estaba á la sopa boba?
 Durante el siglo de oro
 Contrabando eran las gorrás,
 Y el arrimar la alabarda,
 Y más el hacerse porra.
 Pegotes no se sufrieran,
 Sino de engrudo ó de cola,
 Y petardos sólo en puertas
 Al incendiarlas la tropa.
 Ni daban los charangueros
 Vomitivos á las bolsas.
 Pues ni fungueiros ni dijes
 Se compraban, ni aun aijófar.
 Usábanse por junquillos
 Las herculanas garrotas,
 Y por hilos de abalorio
 Sartales de agallas fofas.
 A las minas fué á parar
 Un recamador de tocas,
 Y á galeras un chalan
 Por introductor de modas.
 La tienda de una modista
 Se mandó quemar en Botnia,
 Sus cenizas llevó el Austro
 A los montes de la Etiopia.
 Así la frugalidad
 Por do quiera estaba en boga,
 Y nunca hallaban portillo
 Lujo, fanfarria ni pompa.
 Lo mejor era que á nadie
 Se le cortaba la ropa,
 Ni torciera la amistad
 Aun en los vientos de proa.
 Para la astuta cizaña
 Habia cepos y argollas,
 Encorazado era el chisme,
 Y emplumada la lisonja;
 La impostura y la falsia
 Moraban en la picota;
 La verdad iba desnuda,
 Y la mentira sin sombra.

VII.

EL LITERATO.

Quisiera ser por un año,
 O por un mes cuando menos,
 Tulio, Virgilio ó Horacio,
 Platon, Píndaro, Anacrón,
 Sólo por un raro antojo,
 Digno de un hidalgo pecho;
 Y es por verme retratado

Con los pinceles del Greco,
De Rafael ó Velázquez,
Vandick ó el Españolito.
Al mirarme un cronista
O un erudito archivero,
Llamando á los circunstantes,
Dijera: Ved aquí á Alceo,
U otro más famoso autor,
Tebano, Tirio ó Armenio.
Este es quien mojó la oreja
En las sátiras á Persio,
A Lókman en las ficciones,
En los donaires á Enio;
Más caldeo que Arfaxad,
Más que Demóstenes griego,
Más árabe que Almanzor,
Latino más que Terencio;
Que si bien, como Colon,
No descubrió mundos nuevos,
Anduvo del mundo antiguo
Por todos los pericuetos.
Con mi retrato ó mi estatua,
Bien fuese en mármol ó en yeso,
Diéranse por muy honrados
Los más célebres museos.
Tiráranse los bonetes
Estos críticos modernos
Sobre el solar de mi alcurnia
Y el blason de mi abolengo.
Tal dijera: fué de Moca,
Otro: no, sino de Alepo;
Quién andaluz, quién murciano,
Quién me llamára manchego;
Así por lustros y aun siglos,
Como se cuenta de Homero,
Por llamarse patria mia
El orbe anduviera en pleitos.
Viéranse desenterrar
Mis carcomidos fragmentos,
Colgar escolios y notas
A mis prosas y á mis versos.
Cuántos, si hallasen lagunas,
Irian al redopelo
Sobre quién con mayor tino
Lograra llenar mis huecos.
Ahora, como estoy vivo,
Visto y calzo, como y bebo,
No hay un buen alma que atienda
A si soy vizco ó soy tuerto;
Ni trate de averiguar
Dó está en el mapa mi pueblo,
Ni si mi panza de burra
Es de los heróicos tiempos.
Ningun Apéles del día
Me pinta al óleo ó al fresco;
No hallo un Fídias que me entalle
Siquiera de medio cuerpo.
Aunque andan por ese mundo
Rodando mis mamotretos,
Nadie se mueve á ilustrarlos
Con glosarios ó comentarios.
No hay quien les ponga variantes
Al márgen ó al pié; que en ello
Claro está cuán gran servicio
Hicieran al orbe entero.
De apéndices no se hable,
O índices por alfabeto;
Y así andan mis pobres libros
Como mendigos en cueros;
En qué mejor se empleáran
Elzevirio, por ejemplo,
Didot, Plantino, Bodoni,
O el impresor del colegio,
Que en dar á luz en octavo
Las obras que en folio he impreso?
¿Qué hacen esos grabadores,
O litógrafos, que al texto
Con láminas y viñetas
No dan un mérito nuevo?
¿Cuántos libros hallaréis
Con mil grabados superfluos,
Que sirven de diversion

Al que no sabe leerlos?
Diréis que no enseñan nada;
Y no es algo dar recreo
Con un lago, con un bosque
O una caza de conejos?
A los encuadernadores
Les diera con la de rengo,
Porque el oro prostituyen
Y las pieles de Marruecos.
Llenas son las bibliotecas
De tomos que yo desprecio,
Con córte y cantos dorados,
De taflete cubiertos.
Los míos, que serán pasmo
De los siglos venideros,
Andan en busca de galgos
Que les leguen sus pellejos.
Y aun esto, con ser tan triste,
No es lo peor de mi cuento:
Lo amargo, lo que me roe
Y me calcina los huesos,
Es que me tengan por sandio
Los doctos de medio pelo.
Si tal vez en las tertulias
O en la calle me presento,
A ostentar mi coramvóbis,
Que al orbe infunde respeto,
¿Qué rechifa! ¿Qué sarcasmos!
¿Qué risotadas! ¿Qué gestos!
Y esto, no los cachivaches,
Sino los de pelo en pecho.
¿Soy yo acaso la tarasca,
O el culebrón de Toledo,
O me he vuelto de improviso
Palillo de barquillero?
¿Y qué, son sólo ademanes?
También llueven vituperios.
Ved, dicen, el pedanton,
Literato churrullero,
Corneja que se engalana
Con los plumajes ajenos;
Don Hermógenes, don Guindo,
Don Naranjo, don Camueso,
Bachiller de Calasparra,
Licenciado de Hontiveros.
Uno me tira tronchazos,
Otro cantos, que es más negro;
Pero ¿cómo? dirigidos
A la copa del sombrero.
Quién se me sube á las barbas,
Quién me mesa los cabellos;
Quién, sin decir agua va,
Me convierte en basurero.
¿Ay de ti! misero mundo,
De tontos poblado y necios,
Por no decir de envidiosos
Del mérito y del talento,
Que al paso que hasta la luna
Ensalzan á un majadero,
Meten bajo siete estados
A los floridos ingenios.
Por librarme de moscones,
Quisiera ser de los viejos;
Admiraríanme entonces
Los que hoy me llaman ciruelo.

VIII.

LOS REFRANES.

Un insigne pedanton,
Que yace ya en el lucillo,
Para quien niños de teta
Eran modernos y antiguos;
Glosador de Despaunterio,
Corrector de Calepino,
Tiraba á nuestros refranes
Como á real de enemigo.
Decía que Sancho Panza
Los forjaba á su capricho,
Al alternar con torreznos
Los tragos de su botijo,

Y que el Comendador griego (1),
Que de ellos compuso un libro,
Fué un plagiaro del Quijote,
Pues vivió en su mismo siglo.
De esto trataba en su escuela
Para instruccion de los niños,
En la mesa, en el paseo,
En invierno y en estío.
Sobre ello escribía arengas,
Odas, coplas, cantarcillos;
Dos veces que tuvo fiebre,
Allá se fué su delirio.
Un día de cumpleaños,
Comiendo con cuatro amigos,
Tomó por el asa un jarro
Que hacia un par de cuartillos,
Y arqueando las pestañas,
En hueco tono les dijo:
No extrañéis, mis camaradas,
Que haya desaparecido
De España la sencillez
Y el carácter primitivo,
Desde que abortó la Mancha
Esos refranes malditos,
Que mienten más que dan agua
Las cataratas del Nilo.
¿Cómo es eso de mentir?
Dijo un huésped; siempre he oido
Que nuestros refranes hablan
La verdad, como los niños.
Enfurrufióse el pedante,
Echóse al colete el tinto,
Y dijo: Escuchadme atentos,
Y sabréis cuántas son cinco.
Dice un refran que no duerma
El que tuviere enemigos;
Yo digo: acuéstese pronto,
Y ronque hasta el sol salido.
Otro diz que honra y provecho
No caben en un recinto;
Yo veo que es acatado
El que tiene un buen bolsillo.
Es refran de peregrinos;
Majaderos, si hay mal paso,
Id por donde no hay peligro.
Quién da presto, da dos veces,
Dijo un pordiosero á un rico;
Y él contestó: Al que da presto
Le sacan luego hasta el quilo.
Diz que dicen las verdades
Los locos; ¡gran desatino!
Lo cierto es que el que habla claro
Por más que loco es tenido.
Bodas y riñas de prisa,
Oigo á cuatro sabidillos;
Decid: De espacio en casaros
Y en saludos á tiros.
Diz que quien todo lo quiere,
Todo lo dé por perdido;
Enmiédese: A la madeja,
Si quereis pillar un hilo.
Dineros, cantaba un sastre,
Y no consejos, os pido;
Contestéle: Sin consejo
Perdió el dinero á un mal hijo.
Que es voz de Dios la del pueblo,
Dicen hoy los chirlos mirlos;

(1) Alude al famoso catedrático de Salamanca en el siglo XVI, Hernán Núñez de Guzmán, llamado *El Comendador Griego*, que formó un catálogo de seis mil refranes castellanos. (Nota del Colector.)

¿No saben que de pateta
Suele á veces ser bufido?
No por mucho madrugar,
Va el sol más pronto á los riscos;
Esto decía en su catre
A mediodía mi primo,
Poltronazo, sin vergüenza,
Que en el huerto de su tío,
Tumbado bajo una higuera,
Se hacia alcanzar los higos.
Aquí un segundo remojó
Dió el pedante á su galillo;
Y quedó tan mal parado,
Que no pudo decir: brindo.

IX.

MI IMPERIO.

Si llegase á verme electo
Emperador de la China,
Como al darle dos reales,
Me lo anunció cierta egipcia;
Riéndome á carcajadas
De chinos areopagitas,
La secta de literatos
Volvierá patas arriba.
Nadie me pase, dijera,
De la primera cartilla;
Del que aprenda el a-be-ce,
Ya es la carrera cumplida.
Al que quisiera ser sabio,
Yo no se lo impediría;
Mas fuéralo por el plan
Amasado en mi oficina.
Hicérale yo estudiar
A don Palmerin de Oliva,
Al del Febo, y otras obras
De andante caballería;
Mas no al Quijote de Sancho,
Do Benengeli delira;
Que á no ser por Dulcinea,
El orbe le escupiría.
Y de la edicion de Ibarra,
Con tantas láminas finas,
Mandára hacer cucuruchos
Para las confiterías.
Ni alcázares en Pekin
Ni murallas dejaría,
Que atajan el curso al viento,
Y son estorbo á la vista.
Ni en cacique ni en santón,
Ni en mandarin de provincia
Los mechones consintiera,
Que afean su coronilla.
A los ricos, de pantuños
Con que sus salones pisan,
Y de sus purpúreas calzas
Los despojára, y diría:
Calzad de hoy más alpargates,
Quédense las cabezinas
Para astutos cortabolsas,
Que andan siempre de puntillas.
Esa plata sepultada
En las sepulcrales islas,
En hombros de palafrenes
Vaya á mi tesorería.
Dos navíos de tres puentes,
Cargados de piedras finas,
Regalára á los manolos
Del barrio de Maravillas;
Por do quedase memoria
De que en Madrid comí guindas
De Toro y pan de Vallecas
Y albaricoques de Olias.
No dejára á sol ni á sombra
Sortilegos ni alquimistas,
Ni jugadores de manos,
Ni sardos con marmotiñas.
Mas con los de cuerda floja
Otra conducta tendria,

Y con los que sobre palos
Atrancan como cabritas.
Arlequines, saltimbanquis,
Purichinelas, diría,
Venid á ilustrar mi imperio,
Que está aún envuelto en mantillas.
Desterrára al Negro Ponto
A los maestros de esgrima,
Por ser más que el aguardiente
Fomentadores de riñas.
Fuera mis grandes compinches
Los poetas que improvisan,
Se entiende, si sus sandeces
Fuesen alabanzas mias.
Las fábricas destruyera
De la chinesca vajilla,
El heroísmo imitando
Del que echó abajo la mia.
E hiciera ir de Alcorcon
Platos, tazas, escudillas,
En que mil veces vi á hidalgos
Comer en la Mancha migas.
Diera fuego á los telares
Donde los rasos fabrican,
Para abrir un buen mercado
A las jergas de Galicia.
A las árbol frondosos
Que cercan sus praderías,
Ni uno dejára por muestra,
Todos los hiciera trizas;
Que es llamar los gorriones
A las tierras sembradas,
A que cercenen el grano
Que debe entrar en la cilla.
Las fondas trocára en ventas
Do los peigares se abrigan,
Y duerma á cureña rasa
El lerdo que se descuida.
De las casas de recreo
Hiciera caballerías,
Y quédese para bueyes
Solazarse en la campiña.
No consintiera en invierno
Congregarse en las cocinas
Las viejas con las mozueltas
A contar sus brujerías;
Ni á los viejos que de mozos
Sirvieron en la milicia,
Echar tajos y reverses
Por dorar su cobardía.
Al que me hablase otra lengua,
Arabe, griega ó latina,
Le daría pasaporte
Para Dalmacia ó Panfilia.
Chino, chino, que esto basta;
Lo demas son gullorias;
Las lenguas en estofado,
Que así las comí en Sevilla.
Hiciera mis camareros
A los que emplean el día
En abrir el apetito
Y digerir la comida.
Pero un mes de pan y agua
Le mandára en una ermita
Al que arrima la alabarda
Donde nadie le convida.
No admitiera mensajeros,
Tártaros, medos ni scitas,
Gentes que andan husmeando
Lo que se asa en las cocinas.
Y al cabo, ¿á mí qué me importa
Que esté en guerra el moscovita,
O saber el cumpleaños
Del gran visir de Turquía?
Lo que hace al caso es tenderme
En alfombras damasquinadas,
Sin dar oídas á chismes
Del Preste Juan de las Indias.
¿Qué dentelladas darán
A mi plan los estadistas,
Que el mundo ven por embudo,
Casados con su rutina!

¿Qué fuera si rastreasen
Que le fraguó en su celdilla,
Entre enricados barrancos,
Un bellaco archimandrita?
Mas quien sepa otro mejor,
Levante el dedo y lo diga;
Y si fuere sordo-mudo,
Ponga un cartel en la esquina.

X.

ZAYDE.

Desde la hermosa alcabaza
Que á Játiva señorea,
Registra Adulce, su alcaide,
La poblacion y su vega;
A tiempo que en yegua torda,
Bozal y casquimuleña,
A subir por Carraixet,
Zegri, el de Alberique, llega.
La adarga es de liso cuero,
El arpon de plata tersa,
Y de peltre jacerino
La cota y las brafoneras.
Brilla el borne del bofordo
Centellea la arandela,
Y echan fuego el capacete,
El morrion y las grevas.
Siguete gran cabalgada
Con caretos de cernejas,
Parte van á la estradiota,
Y los demas á la pierna.
Cruzan los caces y azarbes,
Que fertilizan las huertas,
Y á la Losa se encaminan,
Donde esta tarde hay gran fiesta.
Que aquel valeroso Zaide,
En paz iris, rayo en guerra,
De aspecto bravo y feroz,
Lengua apacible y discreta,
A quien fué el cielo propicio,
Y la suerte nunca adversa;
Con ligereza de viento,
Con rapidez de cometa,
En medio dia rindió
Las torres de la Costera;
Y en el cerro de Santa Ana
Alzóle estatua Zulema,
El que las huestes murcianas
Desbarató en Orihuela;
Y de Játiva la flor
En su triunfo cañas juega,
Y alcancias, al estilo
De los Azarques de Teba.
En mohinos alazanes
Con amarillas libreas
De Surió el rápido río
Carceando atraviesan,
Y del repecho en la cima
Con Zegri y su gente encuentran.
Llegan juntos á la plaza,
Do de arrayan y majuelas
Y de lauros el palenque
Labrada tiene la cerca.
Dejan cascós y caireles,
Visten petos y baberas.
Embargan la adarga al pecho,
Toman carcajes y flechas.
Al són de los clarinetes,
Atabales y trompetas,
Con lindos penachos bajan
Azarques con sus empresas.
En verdes corazas unos
Traen escrita esta letra:
Venció Zaide; en el arzon
Otros: Ganóle Zulema.
Púsose fin á la justa
Con zambras, gigas y leilas,
E hicieron la noche dia
Las bujitas, las crisuelas,

Velones, mariposillas,
Millares de candelas,
Rojos y cárdenos vasos,
Fanales, hachas y hogueras.

XI.

AMETE.

No en bordadas almocelas,
No en aljubas ó almaleques,
Pantuflos ó cebellinas,
Ni en forrados alquiceres;
Sino de gaban cubierto
Sale de Játiva Amete,
Con sus polainas gayadas
Y gavion y zaragüelles.
Mas lleva so el gaudujado
Almofares y beimeces,
Baberas, grevas y jacos,
Celada y otros arneses.
Dirige el paso hacia Albaida,
Do están los Almocadenes,
Que acandillan Almohades,
Lanceros y Bacinetes.
Registrar quiere el alcázar,
Sus torres y chapiteles,
Para darle conquistado
A Lutbar, el de Luchente;
Mas al acercarse al muro,
Divisando el capaceté,
El es; lluévenle azagayas
Y hofordos como nieve.
Quiere huir, mas no le es dado,
Que salen y le sorprenden.
Doscientos eran y él uno:
Solo soy, ¿qué haceis, alevés?
¿Para qué tantos carcajes
Contra quien ni un dardo tiene?
Ellos, ciegos de furor,
Con sendos chuzos le hieren;
Cae y tiñe el blanquízal
La roja sangre caliente.
Vienen desde Alfarrasí

Los esforzados Zenetes,
Y alzándole de entre el polvo,
De lauro ciñen su frente.
Vuela por todo aquel valle
Triste rumor de su muerte,
Y bajan miles de alarbes
Montados en palafrenes.
A otro día en negras andas
El yerto cadáver vuelven;
Más que sangre sus heridas,
Los ojos lágrimas vierten.
Recibenle plañideras
De la muralla de Oriente,
Y en un punto corre el lloro
Adonde el día fenece.
Van las moras destocadas,
El cabello hasta las sienas,
Con briales de lilaila,
Guarnecidos de morleses.
Marga viste el Alfaquí,
Sin garzota va el alférez,
Los Alarifes borlonés,
Los Azarques alfaremes.
No se ven allí alquinales,
De naranjado ó de verde,
Ni gramallas de limiste,
Ni gorras de peldefebre;
Ni ménos suenan laudes,
Arpas, pitos ni rabeles,
Sino abogues y añafiles,
Y atabales que ensordecen.
Nadie canta ya con gala,
Ni gorjea de falsete;
Todos bronceamente á una
Entonan tristes motetes.
Decidlo, Zéid, pues lo visteis,
Y Zelim, el de Mogente,
Si acompañasteis el duelo
Que Játiva le previene.
Murió Amete á mano osada;
De Guad-Amar le celebren
Las deliciosas riberas,
Y de Bellus los verjeles.
Los Xerifes como á igual,
Como á espejo los Muleyes,

Las Zaidas como á gentil,
Como á bravo los Gomeles.

XII.

EL ROBO.

Por el puerto de Bisquert
Bajaban de siete en siete
Trescientos almoravides
Con Soliman á su frente;
Van cincuenta en alfaraces,
Otros ciento en palafrenes,
Los demas eran peones
De Mariola y allende.
Como no los vió Vernisa,
Que era cubierta de nieve,
Muy á su salvo y sin sangre
El Cantal Gentil sorprenden.
Desfila Tarfe, y con él
Otros cuarenta hacia Oriente,
Antes que risueña el alba
A some sus rosicleres.
Bien sabe que en los adarves
De Játiva hay almacenes
De cebada y candial,
De forraje y alcaceles;
Y recordando el ardid
Con que robó á los de Gélves,
Apéase del caballo,
Lanza de sí los arneses,
Fingiéndose ser un pelgar
Que á cureña rasa duerme.
Presentase con harapos
Junto á la Sirera fuente,
Y pide en la casamata
Al guarda que le aposente.
Y mientras le está escuchando
El que la puerta defiende,
Al soslayo le saluda
Como Judit á Holoférnes;
Estaban ya apercebidos
Y en acecho los Zenetes;
Llegan, y de todos granos
Cargaron dos mil toneles.

Y cual olla que hierve en el brasero,
Al fuego unida su calor aumenta,
Y se enfria, si de él es dividida;
Así yo caigo, si él no me sustenta;
Por esta seña advierto su partida,
Pues sin él queda el alma desolada,
Enferma, triste, lánguida, oprimida;
Hasta que otra vez torne, y esforzada
Con su aliento la deje y consolada.

II.

EL ÁGUILA.

*Vos ipsi vidistis... quomodo portaverim
eos super alas aquilarum. (Exod., XIX, 4.)*

¿No viste cómo el águila rapante,
De tierno afecto maternal vencida,
Hace su nido en apartadas breñas,
En peñasco ó en pico inaccesible,
O en risco que el asalto no conoce,
Do la altura defiende sus polluelos,
Y que al sacarlos á volar al viento,
Anda por cima de ellos revolando;
O bien, cuando del vuelo se fatigan,
Tiende las alas y su nido entero
Lleva sobre sus candidos mantones,
Para volverlos á do estén seguros
De las flechas y dardos del montero;
Y si en tanto ve hutas y escarcelas,
Y del chuchero esconcha el alarido,
Y atisba los halcones con pihuelas,
Y otras aves en jaula marjoladas,
Surca el aire con rápida carrera,
Y hasta no ver el suelo se remonta
A do esmeril no llega ni cuadrillo;
Y si del peso de ellos oprimida,
A las regiones inferiores baja,
No por eso los suelta, ántes del pecho
Pone á los pasadores y saetas,
Para que en él se emboten, y á los hijos
No engañe de la alcándara la astucia,
Ni el espiñque sorprenda ó la losilla?
Así el Hijo de Dios, viendo los riesgos
Del linaje de Adán, acometido
Por válidos y astutos adversarios,
Desde el excelso trono de su gloria
Bajando al suelo, con amor de padre
Sobre sus hombros nos llevó consigo,
Y juntamente de la culpa el peso
Que se apropió, con ser del todo nuestra.
Y cuando vino de tiniebla el hora,
En que quiso del cielo á la justicia
Satisfacer la deuda del delito,
Hízose escudo nuestro, cota y muro,
Do jugasen los tiros del infierno,
Y pabellon do el hombre esté seguro.
A ti y á mí, que habíamos pecado,
Venian los azotes, las salivas,

III.

LA QUEJA.

¿Ves el ánsia con que viene,
De sed la cierva acosada,
Bramando;
Que ni mastín la contiene,
Ni el que la está tras celada
Acechando?
Así el ánima sedienta
De la fuente de agua viva,
Va en pos de ella;
Y con los riesgos no cuenta
Del que por verla cautiva
Se atropella.
Do quiera su sed publica,

CANCIONES.

Bofetadas, espinas, empellones,
De que la ingratitud nos hizo dignos;
A ti y á mí los clavos y la lanza,
Y el descoyuntamiento de los huesos,
Y las horas de lánguida agonía,
Y del paterno aliento el desamparo,
Y el espirar en trágico cadalso,
Y de amigos la fuga, y de enemigos
La sed rabiosa y el furor saciado.

Mas ¡oh fragua de amor inextinguible!

¡Oh caridad eterna, á cuyo lado
Son los volcanes todos nieve y hielo!
La perdición del nido deseaba
El invidio montero, al hombre sólo
Asestaba sus dardos; mas el pecho
Del Hombre-Dios con ellos atraviesa,
Que de abrasada caridad herido,
Por sus hijos la sangre y vida ofrece.
¿No le ves en la cruz, del orbe todo
Cargado con las culpas, cuyo peso
La cabeza le dobla desangrada?
¿No escuchas su clamor? ¿No ves su lloro,
Y los cárdenos golpes que nos curan?
¿Veis? A su espalda están los yerros nuestros,
Que la ignorancia y la maldad fabrican;
En él estamos todos ayuntados
Por secreto misterio, como miembros
Con la cabeza, é hijos con el Padre;
De cuya union resulta que con gozo
A los hijos, muriendo, da su vida.
Sobre sus hombros puso allí su imperio,
Para que siendo blanco de los tiros,
Quedase el siervo con su herida sano.

No fué su muerte como la de Curcio,
De Léócoras, Codro y Meneceo,
Que por la su república ofrecieron
La vida, sin esguince ni quejura;
Víctimas del orgullo, aunque loados
Por quien de amor no alcanza la fineza.
Jesus murió matando la ponzoña
Del espíritu malo que heredamos;
Muriendo por nosotros, nos dió vida
De cielo, siendo muerte de la muerte,
Por extraña manera en su sepulcro
A los que por él viven escondiendo;
Do halla el muerto á sus crímenes, origen
De nuevo sér y perenal corona.

Y ya, cuando eran salvos sus hijuelos,
Remontando su vuelo al alto trono
De do bajó para salvar al orbe,
Llevó tras sí los miseros cautivos,
Sin cormas ya, sin grillos ni cadenas.
Y al elevarse, cuando de los aires
Hendía los incógnitos senderos,
Viéndole cómo pasa de las nubes
Y á la vista humanal desaparece,
Absorta exclama toda la natura:
¡Oh, cuán altos pusiste tus nidales,
Refugio de los débiles mortales,
A do no llega mal ni desventura!

Y jamás cierra la boca,
Por los sitios indagando
Do estuvieron;
Así con cordura loca
Ando á todos preguntando
Si te vieron.
Pues tan recios son mis males,
De suyo y por su porfía
Peligrosos;
Que á los ásperos breñales
Contándolos, los haría
Ser piadosos.
¿Cómo tú, carne malvada,
Fementida y alevosa,
Del bien huyes,
Y poco te da, y aún nada,
De esta mi joya preciosa

CANCIONES.

I.

EL ESPÍRITU.

Moras en mí, oh Espíritu divino;
Mas por dónde no sé ni cuándo entrarás;
Siéntote en mí y no veo tu camino.
Sales, tornas, te quedas, no á las claras;
Nadie sabe á dó vas ni de dó vienes,
Ni en quién ó cómo tu mansion preparas.
¿Tus huellas quién las viera ó tus andenes?
Sobre las nubes vuelas, tus calzadas
Entre los astros cruzas sin vaivenes;
Y descendes del suelo á las majadas,
Y entras en mí, mas no por el sentido,
Que rastro no hay en él de tus pisadas.
Ni te admite del céfiro el zumbido,
Ni con manjar te mezclan, ni la mano
Puede tocar tu fuego ó tu latido.
¿Por dónde entraste, pues? Bíscolos en vano.
Porque no entró ni vino desde afuera,
Como va á la ciudad el aldeano.
Mas ¿de dentro de mí cómo viniera,
Si él es limpio y yo inmundo; noche oscura
Mi corazón y él cándida lumbrera?
Sobre mí subo, y en mayor altura
Dicenme estar; inclino humilde el vuelo,
Y no puedo llegar hasta su hondura.

Si miro á lo de fuera acá en el suelo,
Muéstrase allí, mas de mí vista huye;
Vuélvome á lo interior, y éste es su cielo.
Y entiendo que á mi vida contribuye,
Y que en él soy y que por él me muevo,
Y que en mí muerte y todo mal destruye.
Mas si no le diviso, ¿por dó pruebo
Que está él en mi ánima presente
Y que le inspira sér y aliento nuevo?
Porque es vivo este espíritu y ferviente,
Y da vigor al ánimo caído,
Y le sana también si está doliente;
Y comienza á arrancar lo mal nacido,
Y á reparar el muro ruinoso,
Y el yermo trueca en un verjel florido;
Y á lo seco da riego, y lo escabroso
Allana, y lo torcido torna derecho,
Y el Noto calma en golfo proceloso.
No entendi yo que entraba él á mi pecho
Por seña, ni por voz, ni por figura,
Por moverse ó andar de trecho en trecho;
Mas porque al bien mi alma se apresura,
Conozco que el Espíritu está en ella,
Y porque hallo en mis lágrimas dulzura.
De que ya el vicio en mí no deja huella,
Y burlo su furor y alevosía,
Infiero que su espada le degüella.
Como en alcázar veo el alma mía,
Y que la infernal hueste en mí terrero
No ejerce su poder y tiranía.
Mas ¿por qué vuelve osado este guerrero
Cuando de mí el Espíritu se ausenta?